

Armand Mattelart: la danza de los signos

LYLIA PALACIOS HERNÁNDEZ Y ESTHELA GUTIÉRREZ GARZA

Un libro, en coautoría con Ariel Dorfman, fue el autor de la ecuménica fama de Armand Mattelart: Para leer al pato Donald, comunicación de masa y colonialismo. Desde entonces, dedicó su lucidez a descifrar la ideología de los medios de comunicación de masas. Esta tarea le ha permitido observar el comercio entre emisor y destinatario a la luz de este nuevo siglo. Mattelart nació en Bélgica en 1936 y atestiguó el destierro silencioso de dos conceptos indispensables para la comunicación: cultura y memoria.



Cuando decidió emigrar a Santiago de Chile con una beca de *visiting profesor*, Armand Mattelart no imaginó que asistiría a la caída del primer gobierno socialista elegido mediante el voto. La experiencia de ese golpe de Estado, que culminó con la muerte del presidente Allende, lo marcó profundamente. Allí pudo constatar la doble faz de los Estados Unidos: liberación y dominación. Todo esto lo describe en *Agresión desde el espacio*. Estudioso de la cultura, ha dedicado copiosas reflexiones al fenómeno de la comunicación. Con notable agudeza, ha observado cómo ciertos productos cumplen la función de consolidar el orden de la estructura social. Actualmente, dedica su tiempo a advertir cómo los medios de comunicación controlan la opinión pública, la forman, y hacen dinero y crean poder con ella.



Nos gustaría que nos hablara de su formación académica en Europa y qué lo llevó a Chile en los años 60.

Cursé el doctorado en leyes, en derecho, en la Universidad de Lovaina, terminé en 1960 y después me fui a estudiar, durante dos años, un post doctorado en demografía a la Universidad de París; un campo que apenas se abría. Allí cursé dos años sobre estudios de población o demografía. Luego me fui a Chile. Salí el 16 de agosto de 1962 y llegué cerca del 11 de septiembre. Es muy larga la genealogía de por qué uno es centrífugo por naturaleza en relación a su propia patria o al lugar de su nacimiento. En mi caso ocurrió desde el principio, desde muy temprano y a través de medios distintos –no sólo por viaje–, porque se puede viajar sin moverse del lugar donde vives.

Estuve haciendo colecciones de sellos de todo el mundo a través de exposiciones misioneras, donde los mismos misioneros venían a explicar cómo trabajaban en Canadá, Amazonia, etcétera y sobre todo, es fundamental, a partir de la laicización de la enseñanza; en los centros donde estudié la primaria y la secundaria había las conferencias que se llamaban Exploraciones del Mundo. Testimoniaban personas que luchaban en contra de la lepra, personas que iban a la Amazonia. En parte, por eso hice mis estudios universitarios.

Ya con la idea de salir, en esta época empecé mis estudios; estábamos muy volcados hacia África, porque no era todavía el período de descolonización. Ese período me tocó al fin de mis estudios de derecho; es decir, en 1960 y en 1962 con Argelia. Quería salir porque soy hijo de una generación idealista; diversos sujetos la motivaban: los niños delincuentes, por ejemplo, y sus leyes. Recuerdo que toda la cinematografía francesa y europea estaba muy marcada por este desorden –digámoslo entre comillas– de la delincuencia juvenil en el período de reconstrucción de Europa que estaba señalada, en aquella época, por la pobreza y la marginación de muchos sectores.

Fui a América Latina por las circunstancias históricas, porque África estaba cerrada en 1962 ya que salían del período de colonización. Influenciado por los latinoamericanos que vivían en la ciudad universitaria internacional de París, había hecho muchas lecturas, por ejemplo, de Josué de Castro –sobre la geopolítica del hambre–; también me ligué mucho con un mexicano que se llama Julio Labastida del Campo que, junto con colombianos y venezolanos, hablaba de que era posible ir a América Latina. Lo que hice, finalmente, fue tomar un catálogo de la UNESCO –sobre estudios en extranjero o cosas así– y anoté todas las direcciones de las universidades para mandar mi currículum. En ese momento, la problemática global de las Naciones Unidas se orientaba a

la cooperación con el llamado Tercer Mundo. Recibí tres respuestas: Quito, Río de Janeiro y Santiago de Chile. Era difícil para mí decidir, así que busqué consejo en dos fuentes: en los que habían participado en la misión de Levi-Strauss, Braudel, y otros en los años 30 en Brasil, cuando ayudaron y contribuyeron a la fundación de lo que iba a ser la Facultad de Ciencias Sociales y de Filosofía de la Universidad de São Paulo. Ellos me aconsejaron ir a Santiago de Chile.

Recuerdo haber hablado con una persona que trabajó también con Braudel; me decía que por lo menos era un país con cierta estabilidad, además de una concentración en ciencias humanas. En esa época, faltaban expertos en la demografía, no había casi nada, casi nadie. La otra persona que fue determinante en mi elección vive todavía, tiene mucha edad, es un sacerdote belga que fue pionero en los estudios y en la cooperación entre los estudios de ciencias sociales en América del Sur y Europa. Debo decir que la lectura de las investigaciones que habían hecho fue importante para mi formación.

Desembarqué en Chile en septiembre de 1962, con una beca de *visiting profesor*. No fui becado por España sino por la Rockefeller Foundation, porque la escuela de sociología acababa de ser fundada con recursos de la Fundación Ford y de la Rockefeller. Ésta se especializaba en la revolución verde y en la cuestión de la planificación familiar. Durante tres años fui becado, después me incorporé a la estructura universitaria chilena en una universidad católica, pues en aquellos años —a menos que estuvieran conectados Naciones Unidas y alguna universidad oficial o nacional con países como Francia o Bélgica— no había posibilidad de ser contratado por ninguna universidad, pero las católicas, en este sentido, eran una semilla de internacionalismo. Muchos de los sacerdotes o de los profesores venían de relaciones internacionales de los jesuitas, de las Órdenes y de la propia Iglesia, que es el foco de un primer internacionalismo a ese nivel.

¿Podría compartírnos alguna reflexión sobre lo que significó vivir parte de su niñez y adolescencia en la Europa de la Segunda Guerra?

Estoy marcado por la guerra misma porque viví el periodo de la ocupación. Me di cuenta de lo que era la clandestinidad incluso a nivel de los medios de comunicación, porque no teníamos ninguna información excepto la que nos mandaban en los últimos meses antes de la liberación —los aviones arrojaban panfletos. La única fuente era la BBC. Los alemanes controlaban las áreas de difusión donde tenían camiones especiales, pero mis padres escuchaban cada noche la radio BBC de Londres en las ediciones francesas.

Estoy marcado por la guerra misma porque viví el periodo de la ocupación. Me di cuenta de lo que era la clandestinidad incluso a nivel de los medios de comunicación.

Lo que me marcó más fue el momento de la liberación, fueron los norteamericanos que nos liberaron, es la palabra liberación y el descubrimiento de otro tipo de civilización con Coca Cola.

Lo que me marcó fundamentalmente fueron estas emisiones, a tal punto que recuerdo que descifraba la información como niño, porque daban datos sobre el avance de las tropas y demás pero también era un lugar donde había mensajes, digamos secretos: *Rosmir a barbe*. A mí me extrañaba mucho esa cosa porque al lado, frente a mi casa, había un agricultor cuya hija se llamaba Rosmir y yo le decía a mi padre, “¡pero no tiene barba!”. Seguramente era un mensaje secreto que quería decir que algo andaba mal en alguna parte. Entonces tú ves lo que es importante, los bombardeos ocurrían muy cerca de los campos de aviación que después se volvieron de la OTAN, estábamos viviendo en Bélgica y para mí los bombardeos significaban despertar en plena noche e ir a la planta baja, ocultarse.

Pero lo que me marcó más fue el momento de la liberación, fueron los norteamericanos que nos liberaron, es la palabra liberación y el descubrimiento de otro tipo de civilización con Coca Cola. En aquel entonces, la imagen que me quedó fue muy positiva: “nos liberaron”. En este sentido, cuando uno trata de tomar una visión retrospectiva, es evidente que la otra visión de América del Norte, de los Estados Unidos, me vino a través de mi experiencia en Chile; eso lo cuento en mi primer libro sobre la comunicación global, *Agresión desde el espacio*, que fue publicado en Chile en 1972. Escribo cómo, a la vez, los objetos que traían los norteamericanos durante la liberación me introdujeron en un tipo de modernidad y después, en América Latina, en la otra faceta, la de dominación; las dos experiencias en carne propia.

¿Cómo nació su vocación hacia la comunicación, la cual lo ha convertido en un destacado intelectual en el campo de las ciencias de la comunicación? Coméntenos su proceso, que lo llevó, desde su formación como abogado, a demógrafo y hacia las ciencias de la comunicación.

Esencialmente es el choque con una realidad. Como yo trabajaba sobre la elaboración de políticas de comunicación en el contexto de la Alianza para el Progreso, mis interlocutores eran los universitarios de Estados Unidos: Cornell, Michigan –sobre todo Cornell porque tenía un centro de investigaciones sobre las políticas de población– y también toda la escuela difusionista de la sociología funcionalista. Ellos estaban muy comprometidos con políticas de difusión, su problemática era la política de difusión de las innovaciones en el campo a través de la participación de las reformas agrarias tímidas (revolución verde, etcétera), pero también la difusión de la innovación que era para las mujeres el uso de los productos anticonceptivos, la planificación familiar.

Para mí, el primer choque fue el esquema teórico al cual se refería y el efecto de realidad. Se hablaba de las mujeres de los grupos popula-

res, tanto en la ciudad como en el campo, a partir de esquemas mercadológicos, incluso se llamaba a estrellas del cine o cosas así: “yo utilizo tal dispositivo intrauterino. Haga lo mismo que yo”. Pero no había ninguna interrogación sobre el contexto en que iba esta filosofía de la llamada modernización, de las actitudes, etcétera. Hay que decir que en América Latina estaban bombardeando con fondos para la realización de estudios sobre las actitudes, sobre la adopción de la innovación llamada productos anticonceptivos en los sectores femeninos. Fue este el choque. Para responder de manera constructiva a este tipo de opción funcionalista de parte de las fundaciones norteamericanas y los universitarios, empecé con Michele –porque la colaboración fue fundamental en este asunto–, a interesarme en la relación entre la cultura femenina –la mujer sobre todo de clases populares– y la problemática de cambio.

¿Qué se entendía por cambio? Nuestro primer libro –que marca finalmente mi transición de la demografía a la comunicación– es un libro que se llamó *La mujer chilena en una sociedad de cambio*, un título más bien raro para ese tiempo.

Lo interesante es que es la época en que descubro la escuela de etnometodología de Chicago, uno de los pocos grupos que en Europa trabajaba sobre esta problemática venida de la psicología social. No tuvo la importancia que después adquirieron Bourdieu y Touraine, pero al nivel de la problemática de lo microcotidiano –y dentro de ello la vida cotidiana de las mujeres– sus investigaciones aportaron muchísimo porque adaptaron una metodología inventada por la Escuela de Chicago en los años veinte.

Durante su residencia en Chile, que duró hasta el golpe militar de 1973, ¿cuáles fueron sus aprendizajes derivados del ascenso al poder de la Unidad Popular en el año de 1970 y qué capacidad le observó usted para lograr concretar una política de comunicación en la cultura de masas?

Creo que uno de los aportes fundamentales de la Unidad Popular es que difundió la literatura popular en el sentido amplio, de Dickens a Neruda, pasando por Martí y los grandes clásicos de la literatura: Zolá, los latinoamericanos. Es decir, ese público tuvo durante tres años más acceso a la lectura que en los cien años anteriores. La Unidad Popular tuvo una política muy eficaz de pequeñas colecciones populares sobre los grandes de la literatura, pero vistos a partir de una perspectiva crítica, de cambio de la sociedad o de rebelión, ése fue un elemento fundamental. Esta iniciativa partió de la editorial del Estado, Kimantu –sol del saber, es lo que significa en la lengua indígena araucana. En esta misma editorial hubo un conjunto de iniciativas para crear un nuevo tipo de género de revista

Creo que uno de los aportes fundamentales de la Unidad Popular es que difundió la literatura popular en el sentido amplio, de Dickens a Neruda, pasando por Martí y los grandes clásicos de la literatura.



para las mujeres, digamos a nivel de la juventud, de la adolescencia, de los niños.

Hubo una reflexión sobre el género dentro de la cultura de masas como una estructura que te constriñe, porque la misma forma hace que haya temas que quedan fuera de tu horizonte. En ese sentido, fue importantísimo para mí entender que la cultura de masas era una cultura que correspondía a un orden social y, lo que es aun más importante, esta cultura –cuando la sociedad estaba en crisis por una oposición social entre intereses de clase– perdía su principio de orden. El ejemplo más clásico es el de Walt Disney. En un tiempo de paz social es difícil ver que Walt Disney protege un orden, pero cuando llega un proyecto de cambio social estructural, el que dirige el cambio, el que preside –en este caso el presidente Salvador Allende–, se vuelve en los comics el tirano.

Otra cuestión, que es más bien una observación, es la convicción de que todas estas áreas de la cultura cotidiana, de la cultura de masas, permanecían en una zona ciega en el pensamiento marxista. Finalmente, había una dificultad para elaborar políticas de comunicación que tuvieran en cuenta esta inmersión de la población en la cultura de masas, que se había vuelto cotidiana. Es muy interesante porque, cuando miré estas cosas de manera retrospectiva, a través del mundo, en Inglaterra –con la *culture studies*–, Hoggart, etcétera, hay una interrogación de este tipo sobre los límites del acercamiento de la ortodoxia marxista a los problemas de la cultura. En Chile era, evidentemente, mayor el desafío, en la medida en que había que responder a la ofensiva de la alianza de las derechas que habían conservado todos sus medios e incluso habían aumentado su potencial de emisión, de mensaje.

Podría darnos su opinión sobre ¿cómo fue enfrentado el poder fáctico de los medios de comunicación en este período activo de lucha por el poder y cómo se avanzó en la institucionalización de la equidad en la lucha de poder, en momentos históricos de definiciones de rumbo para impulsar un proyecto nacional.

Pienso que uno de los grandes defectos de la Unidad Popular fue su fraccionamiento; era una alianza de partidos con visiones distintas en circunstancias de una repartición del poder, de los cargos entre los socios de la Unidad Popular, por ejemplo, en la idea del gobierno era claro esto: las jefaturas de departamento se repartían entre el Partido Socialista, el Partido Comunista y otros; el único que estaba fuera de este reparto fue el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria). Hubo ese defecto. Por tanto, no hubo la posibilidad de una política de comunicación común. Eso fue una debilidad tremenda en la medida en que, del otro

lado, la oposición, se entendió perfectamente que era necesario convertir el medio de comunicación en un intelectual colectivo, en un intelectual orgánico de un movimiento que finalmente se apoderaba de las calles en ausencia de la izquierda... de las plazas de izquierda.

Es importantísimo eso, porque durante el primer año de la Unidad Popular se puede decir que las plazas de derecha –es decir, la democracia cristiana en los partidos tradicionales de la derecha– estaban totalmente descompaginadas, no tenían una vida plena, un eje central donde estructurar su estrategia de oposición, hasta que aparece la perspectiva estratégica unitaria de las fuerzas de derecha a partir de diciembre de 1971, más de un año después de la asunción de Allende –que llega a la presidencia en noviembre de 1970. Es muy significativo que la prueba de laboratorio en que la derecha ve un modo de resistir a partir de la calle y del sabotaje, evidentemente de resistir a la Unidad Popular, fue la manifestación de las cacerolas. Esta manifestación concordó con la visita de Fidel Castro que fue muy provechosa para la izquierda, pero también para la derecha –porque la derecha utilizó el espantapájaros de la Revolución Cubana para finalmente movilizar sus tropas. La manifestación de las mujeres fue fundamental, porque, a la vez, se trataba de conectar con los intereses más concretos, más cotidianos, el símbolo de la olla. Este símbolo es precisamente el hogar, la familia; esto fue importantísimo simbólicamente.

Después hice una película de esto, se llama *La espiral*. Recorrimos el mundo después del golpe de Estado y vimos cómo la izquierda había filmado esa manifestación; allí estaban las beatas con escapularios, sagrados corazones y sus criadas al lado. Los más agudos en la visión de estas manifestaciones eran la UPI y AP, porque filmaban la pluralidad de los actores que desfilaban; evidentemente había viejas momias –como se decía–, pero también un sector de la pequeña burguesía de las clases medias profesionales, lo que después se iba a agudizar. Es importante ese momento porque es el período de la toma de la calle, la posibilidad de tomar la calle, porque la izquierda no la tomó o se abstuvo de tomarla. Progresivamente, esta estrategia que parecía secundaria habrá de inspirar un conjunto de iniciativas que van a cristalizar alrededor de lo que llamo la ideología gremialista. El gremio –el interés profesional como manera de movilizar políticamente en función de la defensa de sus propios intereses– empieza con los supervisores del cobre que defienden sus salarios y después se extiende a todos los otros gremios de profesionales. Precisamente, la fuerza de la derecha fue haber unido, realizado la alianza entre los grandes gremios patronales de la agricultura, la industria, el gran comercio y los gremios de lo que llamo la pequeña burguesía profe-



Puede verse en un periodo de crisis cómo los medios de comunicación son los intelectuales orgánicos, son organismos, instrumentos de organización.

sional: enfermeras, médicos, ingenieros, arquitectos, etcétera. No quiero negar que muchos arquitectos, muchos médicos, estaban con la Unidad Popular, pero a nivel de la organicidad de una profesión se fue por el otro lado. Es lo que llamo la línea de masa de la burguesía chilena. La burguesía chilena fue una burguesía leninista en ese sentido, porque finalmente entendieron lo que era construir una estrategia en contra de un enemigo que para ellos era de clase evidentemente.

En esta lucha tuvieron superioridad porque eran además los propietarios de la industria.

De la industria y, además, manejaban los medios, que es importantísimo. Sigue siendo la única experiencia donde un proceso que se define como vía al socialismo, vía chilena al socialismo –así era el programa del gobierno–, se desarrolla en un contexto de preservación, de aceptación de la idea constitucional de libertad de expresión y de prensa. Es decir, lo que ocurrió es que las derechas utilizaron la libertad de expresión y de prensa con fines de sedición, mientras que la izquierda estaba atada por su falta de perspectiva en este campo. La derecha transformó sus medios. Además, había un centro intelectual que era *El Mercurio*, y la televisión de la Universidad Católica era, pienso, un intelectual orgánico.

Puede verse en un periodo de crisis cómo los medios de comunicación son los intelectuales orgánicos, son organismos, instrumentos de organización. Mientras que en tiempos de paz social no parecen serlo, en el momento en que pierden su poder de clase esto se revela, fue clarísimo con *El Mercurio*. La mejor ilustración es cuando Allende subió al gobierno. *El Mercurio* tenía todavía su aura de diario creado en el siglo XIX tipo *Times*, se decía el *Times* de Latino América. El día anterior al golpe, la primera página era únicamente un cartel. Es muy interesante, durante la Unidad Popular estudiamos los editoriales y cada editorial era una llamada, un llamamiento a la rebelión de una clase social. Es decir, tenían un análisis de clase desde su punto de vista, mientras que la izquierda estaba perdida, atrapada por la noción de captación, por la necesidad de captación de las clases medias.

Después de largos años dedicados a las ciencias de la comunicación, podríamos hablar un poco de la relación entre la comunicación y la industria de la comunicación.

Hay un problema semántico, y es que la noción de comunicación progresivamente se ha apartado de la de cultura. De hecho, la noción de comunicación es muy noble, remite a la comunión; el problema es que, incluso en los organismos internacionales, la comunicación se ha vacia-

do de su contenido cultural. Ahí hay una mediación, una tercera noción y es la de la información. En un momento determinado, la noción de información que viene de la cibernética va a perturbar las nociones de comunicación y cultura, en el sentido de que la idea de información cibernética corresponde a una teoría matemática. Es el emisor y el destinatario. No te interrogas sobre lo que interesa, lo que circula allá, ni por las reacciones del propio destinatario. Es decir, finalmente te abstraes de los conceptos de cultura y de memoria.

Creo que, a pesar de que parece muy teórico, hay la realidad concreta, porque la Organización Mundial de Comercio puede pretender ocuparse de la cultura, pero para ella la cultura es finalmente un rubro en los servicios. Si la Unión Internacional de Telecomunicaciones puede hablar de sociedad de la información olvidando el término sociedad y apoyándose en el de información, es porque precisamente está construida sobre este telón de fondo que fue la teoría de la información, que participó también en la transformación –incluso de las ciencias sociales– después de la Segunda Guerra Mundial. Recordemos a Levi-Strauss y a los otros; es decir, son cosas que parecen abstractas pero que en la realidad favorecen una idea de comunicación que se vacía de su sentido incluso antropológico.

Pienso que de manera gradual se ha agravado ese vaciamiento del concepto en su aplicación como medio de resolver problemas de la sociedad. Basta mirar la evolución de la idea de comunicación que durante mucho tiempo –hasta los años ochenta–, estuvo muy ligada a la antropología y la sociología; ahora, cada vez más, forma parte de lo que en las disciplinas de la comunicación llaman el mercadeo, el *marketing* y el *management*. Hay un brinco a partir de las políticas de desregulación del fin del Estado de Bienestar de los años setenta. La comunicación se ha vuelto una panacea con el desarrollo de un campo de la comunicación que se liga directamente con la manera gerencial de enfocar la posibilidad de reordenar el mundo.

Sobre todo porque apunta a un problema más profundo, la comunicación ha sido desvinculada de la cultura y, en sustitución, entran las políticas de información y de marketing. Sobre el nexo que siempre se había establecido entre comunicación, cultura y democracia, nos gustaría que profundizara un poco. ¿Se puede hablar de un vaciamiento también de los contenidos democráticos?

Sí, es nítido en el campo de la comunicación en la medida que estamos cobrando los dividendos de inversiones que se han hecho desde fines de

La comunicación se ha vuelto una panacea con el desarrollo de un campo que se liga directamente con la manera gerencial de enfocar la posibilidad de reordenar el mundo.



la Segunda Guerra Mundial, debido al hecho de que los Estados Unidos estaban solos, dentro de la UNESCO –en términos hegemónicos–, como gran potencia. En la UNESCO entró como filosofía de la comunicación el *free flow of information*; es decir, la doctrina de la libertad de los flujos; en ella, poco importa lo que hay en estos flujos. Era una doctrina que se asemejaba a la de la república mercantil universal de Adam Smith. Es ésta la visión que predominó y, hoy en día, todo lo que se refiere a comunicación sigue manteniendo la tesis hegemónica sustentada por los Estados Unidos.

Hubo discusiones a fines de 2005 sobre la gobernanza de Internet, y Estados Unidos se opuso a una pluralidad de gestión, se opuso en nombre de la libertad de los flujos. Pero, además, tenían un buen argumento: si cambiamos las reglas de gobernanza que controlamos, va a sufrir la seguridad del mundo. Entonces, la ideología de la seguridad se casa, se hermana, con la ideología del libre flujo, para finalmente constituir un zócalo de argumentos en contra de una reflexión que liga la cultura con la democracia. No solamente los Estados Unidos están metidos en la preparación de este tipo de visión de ordenamiento del mundo, es la propia UNESCO, es todo el sistema de Naciones Unidas, porque se puede decir que en las luchas internacionales para hacer triunfar esta combinación –democracia, cultura, comunicación– hubo una ruptura a partir de los años ochenta, con la desregulación.

Los setenta es el decenio de todas las revanchas del Tercer Mundo. En la UNESCO se vuelca la hegemonía –los norteamericanos con sus teorías– a partir de los años setenta, porque el Tercer Mundo, con su red de invitación a un nuevo orden formativo mundial, hace oír su voz. Es la época donde realmente hay una crisis de la ideología predominante. A partir de los años ochenta, cuando salen los Estados Unidos y la Inglaterra de Thatcher de la UNESCO, ésta se va progresivamente hacia las ramas; es decir, finalmente entra a lo que llamo el culturalismo: la manera de tratar la cultura independientemente de su contexto de conflictos sociales.

Es importante apoyarse en una analogía, la de la biodiversidad. Si se sigue esta metáfora hasta sus últimas consecuencias, gradualmente se da el alejamiento de la perspectiva cultural de sus sujetos sociales. Ése es el problema, la filosofía que orienta el sistema de Naciones Unidas a nivel de su concepción de la cultura.

Eso lo podemos sintetizar como el desplazamiento del sujeto al mercado. Exactamente. Como nunca antes, solamente puedes admitir, en ese mundo que pasa como si fuese un salto, el redescubrimiento de las facultades

de negociación del individuo, que va a la par con la ideología neoliberal de la libertad soberana del consumidor. Es complejo lo que está en el meollo de la crisis del intelectual, porque ¡nunca se admite la capitulación! Se hace pasar por progresiva, progresista, por realmente democrática, pero esta teoría va en contra de la democracia; de allí la complejidad y las contradicciones mismas de las nociones de participación, de sociedad civil, etcétera.

Entonces la pregunta que surge es si podemos pensar en cuál debe de ser el papel de los medios de comunicación para garantizar derechos fundamentales de la sociedad relacionados no solamente con el derecho de información y la libertad de expresión, sino en la construcción y consolidación de los valores identitarios de una nación. Qué tipo de regulaciones legislativas o qué tipo de instituciones deben crearse para alcanzar estos equilibrios. Con qué ejemplos contamos donde los medios de comunicación, como industria, desempeñen la función social de transmitir una visión integral de la realidad nacional y de los sectores que la conforman.

Sencillamente diría que no existe ninguna realidad que permita ser tomada como ejemplo. Existen realidades que se acercan a un ideal, pero mucho de eso corresponde a la maduración de una reflexión de los sujetos sociales. Es muy diferente de la problemática que teníamos en los años setenta, cuando hablábamos de comunicación alternativa a cada rato. Pienso que la regulación debería intervenir en tres niveles, en tres dimensiones: el primer problema —que es el mayor— es el de la concentración del poder mediático en ciertos grupos, y eso alcanza todas las realidades. Pueden decir que México supera todo ese nivel, pero también está Brasil, por ejemplo; es una tendencia mayor del paisaje mediático: la concentración. Se necesita plantear frente a la regulación este proceso, no se puede dejar la estructura mediática a las lógicas financieras.

Es el gran cambio, porque el medio de comunicación es una manera no solamente de controlar la opinión, de formar la opinión, también la hace dinero. Como dicen los periodistas de grupos que son retomados por los grandes grupos económicos, finalmente el que compra nuestra empresa no conoce nada del periodismo ni de la comunicación, para ellos se trata de hacer dinero. Es la traducción de la cultura del resultado. Es por eso que me parece muy necesario y fundamental para la democracia que haya una discusión, un debate en el espacio público de la necesidad de regular la concentración y pedir cuentas a quienes manejan un bien público que es el espectro de frecuencia.

Hay maduración en cada realidad. Es totalmente distinta en México, en Chile, en Francia, pero se puede decir que hay realmente una

El medio de comunicación es una manera no solamente de controlar la opinión, de formar la opinión, también la hace dinero.



tendencia hacia el progreso porque se han dado cuenta muchos grupos de que los medios se han vuelto un actor cada vez más político e ideológico, y no solamente a nivel de la formación de la opinión; sus *lobbyist* y sus organizaciones corporativas intervienen cada vez más en las Naciones Unidas, en la Unión Europea, para hacer valer su noción de libertad de expresión, que corresponde a libertad de expansión comercial. En este sentido, creo que estamos, América Latina y Europa, en etapas muy semejantes, a pesar de sus contextos distintos.

Tomo un ejemplo que se acerca a una regulación posible, el de Uruguay. Hay una reflexión y la instauración de un mecanismo a partir de la presión que hacen la sociedad civil y los sindicatos. Es reciente. En el caso de Francia, que es distinto de otras realidades europeas, es imposible por el momento sostener una reivindicación para la institucionalización de lo que se llama el tercer sector; es decir, televisión y radio comunitarias. Todas las concesiones van a grupos que finalmente no dañan el orden. En muchos países latinoamericanos la reivindicación es un hecho y, aunque muchos gobiernos se resisten, hay progreso a ese nivel.

Volviendo al tema de la concentración –la cuestión de lo que llamo el servicio público–, la necesidad de crear un servicio público me parece fundamental. No basta regular la concentración, hay que establecer también otra opción. Por ejemplo, la televisión y radio universitarias que cumplen una misión pública. Pero hay que reenfoclarlas para que no se queden solamente como enclaves y se incorporen en un paisaje más amplio.

Una democratización de los medios.

De los medios, incluso democratización de los medios llamados de Estado, que se dicen públicos. Y la tercera cosa que me parece fundamental y que tiene una importancia capital en América Latina, porque creo que es el continente donde se ven más sus efectos, es la reivindicación de la legitimidad de las redes de radio y de televisión comunitarias, que está sustentada realmente por sujetos sociales que no han surgido de la noche a la mañana, que tienen toda una historia desde los años setenta. Por ejemplo, la Asociación Mundial de Artesanos de la Radio Comunitarias nace a fines de los años setenta en Canadá y después en todos los países latinoamericanos. Hay por lo menos una semilla de este movimiento y en Uruguay se ve claramente que sin estos factores, la nueva legislación más regulatoria no habría tenido lugar.

Una última pregunta. En México estamos viviendo un interesante proceso político, que puede ser llanamente definido como la confrontación del poder mediático contra el poder legislativo. El conflicto ha surgido de la

nueva ley electoral, propuesta por el Congreso y orientada, entre otras cosas, a configurar una relación distinta con los medios y que no sea el dinero y los intereses asociados al mismo los que determinen en gran parte los resultados electorales; concretamente, queda prohibida la venta de publicidad pagada por los partidos o por terceros con fines de comprar tiempo de televisión para influir en los procesos electorales. ¿Podría darnos su opinión sobre esta confrontación que ha alcanzado su clímax precisamente durante los días de su visita a nuestro país?

A mí me parece fundamental regular las campañas electorales, dar la misma posibilidad a quienes tienen poca cuota en el electorado y a quienes tienen más. En este sentido, en Francia la regulación me parece satisfactoria en la medida en que las campañas electorales no están entregadas a la lógica mercantil ni al desequilibrio entre los pesos de las bolsas de cada partido. Eso no quiere decir que estos sistemas regulatorios no tengan defecto. Existe el problema, incluso dentro de las políticas regulatorias, de los sondeos. Porque no sólo se regulan los tiempos de palabra, sino que se resuelve el mecanismo estructural que está en la base misma del acercamiento a las nuevas formas de comunicación política en tiempos electorales.

Hay que volver al artículo premonitorio de Bourdieu, *La opinión pública no existe*. Mientras no tocamos esto, vamos hacia repúblicas-sondeo-mercantiles; incluso si se regulan los tiempos –lo que parece totalmente necesario–, hay que ir más allá: cuál es finalmente la lógica, la racionalidad, de la introducción del mecanismo mercantil en la comunicación política. Porque hoy todo es construido sobre sondeos. Es increíble, con la formulación de la pregunta de tal manera, tú no tienes ninguna opción más que respuestas predeterminadas, y creo que en este sentido hay realmente una necesidad de debate público sobre lo que es el mecanismo del sondeo.

Finalmente, creo que es interesante este momento porque, a pesar de las segregaciones mundiales que se han ahondado, hay una convergencia en la conciencia crítica sobre preguntas esenciales, fundacionales; eso es muy bueno. Así que finalmente la globalización o la mundialización se realizan a través de estados de conciencia sobre problemas vivos de la sociedad y eso es totalmente nuevo. 🐦

Julio de 2007

